

# Che Guevara Superestrella

EDUARDO LABARCA

**H**ace 30 años el Che nos miró a los ojos en Vallegrande. Yacía muerto de espaldas con los ojos abiertos ante los paparazzi que lo inmortalizaron.

Nadie durmió la noche del lunes 9 al martes 10 de octubre de 1967. Las velas se encendieron en todas las casas de ese pueblo del oriente boliviano convertido en capilla ardiente. Cuando los periodistas, militares, hombres, mujeres, ancianos, niños, desfilamos arrastrando los pies frente al cadáver, los labios del mártir se movieron para decirnos algo a cada cual. Todos atesoramos el mechón de pelo que le cortamos, la pipa que el Che nos regaló de despedida, uno de sus relojes Rolex, su brújula, el altímetro que llevaba al cuello, el poema de Neruda que iba leyendo, los cartuchos de las balas que lo mataron.

Enterrado su cuerpo allí mismo con las manos cortadas, el fantasma del Che quedó rondando. Hasta hoy los vecinos le piden que les cure el reuma o les devuelva la oveja perdida y agradecen sus favores con misas pagadas. Por las noches los campesinos se cruzan todavía con ese tipo asmático, desgredado, pasado a olor a tabaco con el que jugaban de niños cuando los guerrilleros llegaban a las casas a pedir de comer.

Los mexicanos Paco Ignacio Taibo II y Jorge Castañeda, el estadounidense Jon Anderson y el francés Pierre Kalfon se han empeñado últimamente en entregarnos biografías objetivas, históricas del Che. Ellos pueden escribir del Che sin la pasión que nosotros pondríamos porque no lo conocieron ni vivo ni muerto. Castañeda, Taibo y Anderson eran apenas estudiantes cuando en 1967 nosotros desentrañábamos en Vallegrande la verdad de la muerte del Che. Para que el Che llegue definitivamente a ser historia será necesario que antes hayan muerto todos sus compañeros, todos sus enemigos, que todos los que lo vimos también hayamos muerto...

Hoy sabemos que el Che histórico fue un Che absoluto, partidario siempre de llegar al extremo y más allá. Un Che que en el Escambray, comandante de la columna 8, vaticina que des-

pués del triunfo los cohetes de la Unión Soviética serán el escudo de Cuba frente al imperialismo. Nadie, ni siquiera Fidel Castro, tenía a esa altura tamaña osadía. El Che es el primer dirigente de la revolución cubana que viaja a la Unión Soviética, tal vez por no ser cubano el astuto Fidel Castro lo envía de explorador donde seduce a los rusos y a Nikita Kruschev. Pero

muy pronto el Che será el primero, siempre un paso por delante, en desilusionarse de Moscú. La alianza con la URSS que el Che predijo en el Escambray la hará Fidel Castro dos años después. Para que Castro asuma públicamente las críticas del Che a la Unión Soviética habrá que esperar más de 20 años a que la propia URSS caiga y se disuelva.

Dos personas marcaron la vida de Ernesto Guevara de la Serna en el camino que lo llevaría a desplegar las alas: Celia, su madre, mujer de familia aristocrática venida a menos, culta, original, confidente y novia eterna de Ernesto. Y Fidel Castro. Sin el encuentro de México con el futuro jefe de la revolución cubana, ¿quién habría sido ese jovencito arrogante de apellido Guevara? ¿Un mochilero argentino recorriendo el mundo en moto? ¿Un médico nómada?

El Che histórico, guerrillero renacentista, lector y escri-

bidor compulsivo, como otros asmáticos: Marcel Proust, Lezama Lima... El Che, comandante de vista larga cuya palabra Fidel Castro aprende a escuchar. El Che convertido en militar y estrategia de todas las victorias. Ese Che que captura Santa Clara y que al entrar en La Habana, ciudad que no conocía, anuncia a Castro que su paso por Cuba será corto. Ese Che asumirá puestos oficiales a desgana y pronto comenzará a viajar de nuevo, a alejarse de la isla por períodos cada vez más largos en dirección al África, a Asia, con apariciones en Europa, en Punta del Este, en la Asamblea General de las Naciones Unidas en Nueva York, y con un retorno final: América Latina. El Che perteneciente a muchos países y a ninguno que en 1965 se esfuma misteriosamente. ¿Dónde está el Che?



El cadáver fotografiado en Vallegrande, el comienzo de la leyenda crística.

Lejos de Cuba el Che histórico de todas las victorias se convierte en el Che de todas las derrotas. Derrotado en África a la cabeza de una legión absurda de 50 cubanos que a la hora undécima se suman a la revolución congoleña en desbandada. Un Che patético, aparcado más de un mes en la casa del embajador de Cuba en Tanzania, escribiendo. Un Che imposibilitado de volver a Cuba después de haberse despedido con la carta aquella que Fidel Castro había leído ante el mundo. Un Che solitario buscando a la distancia un nuevo frente de combate: Manuel Piñeiro, "Barbarroja", tratando de conseguirle desde La Habana un lugar en la guerrilla de Venezuela; Fidel Castro haciendo venir a Cuba a un Mario Monje vacilante para conminarlo a que el Partido Comunista de Bolivia se alzara en armas con el Che. Un Che esperando en Praga de incógnito, un Che volviendo clandestinamente a Cuba para elegir a sus hombres y preparar la nueva expedición. Un Che de nuevo en Praga saliendo disfrazado en tren en dirección a Viena, abordando aviones con pasaporte falso hacia su último destino. Un Che definitivo en Bolivia, jefe de una guerrilla caída de otro planeta: un argentino, 15 cubanos y dos docenas de bolivianos reclutados a las apuradas. Una guerrilla instalada en bosques desiertos, elegidos no por el potencial revolucionario de sus habitantes o las ventajas de la geografía, sino por estar lejos de La Paz y cerca de las fronteras de Argentina y Perú, eslabones futuros de la liberación continental.

Si el Che histórico no hubiera fracasado fuera de Cuba en cada uno de sus designios y en el mayor de todos, su sueño inconsciente de entrar un día a Buenos Aires en un tanque, el Che mítico no habría podido nacer. ¿Alguien imaginaría a un abuelo Che, ministro de una revolución cuadragenaria negociando con hoteleros españoles la venida de turistas ansiosos de ser jineteados por una mulata o un mulato? ¿El Che todavía en el Congo a la diestra de su antiguo conmitón, el hoy victorioso Laurent Kabila? ¿El Che todavía en Bolivia poniendo cerco a las ciudades desde el campo según el catecismo que nos predicara el hoy arrepentido Régis Debray? ¿El Che en Argentina dándole guerra a Menem o pactando la paz para fundar un partido político de oposición parlamentaria?

Incontaminado, sin haberse pringado en los enjuagues de la política y el poder, el Che supo morir a tiempo, como los santos. Por eso la enana Virgilia Cabrito cuenta cada día nuevos episodios del encuentro que ella y su abuela Florencia, pastora de cabras, tuvieron con el Che la víspera de la batalla. Por eso la maestra Julia Vallejos, una María Magdalena que hasta hoy llora por el Che, me dijo sollozando que ella le dio de comer cuando lo tenían amarrado en la escuelita de La Higuera. Por eso Elida, la hija del telegrafista, recuerda con mirada iluminada haberle llevado un plato de sopa de maní que cocinó su madre. Por eso otros me juraron haberle dado al Che carne de cordero para que muriera con el estómago lleno.

Nadie quiere ser el Herodes, el Pilatos o el Judas de este muerto demasiado grande. El día que desapareció el cadáver, el Presidente Barrientos me habló del Che con tono de inocencia en la pista de aterrizaje de Vallegrande. A esa hora el general Barrientos sabía que el guerrillero que él había ordenado matar se hallaba enterrado bajo nuestros pies. El sargento Mario Terán, quien le disparó al Che cautivo la ráfaga mortal, se oculta hasta hoy del fantasma de su víctima en la ciudad de Santa Cruz de la Sierra. Tiene miedo de morir misteriosamente como Barrientos y otros de los culpables.

No podemos aceptar a un Che humano y hasta el asma prosaica que sedentarizó su guerrilla se nos figura el cumplimiento de

un designio divino. Es que intuimos que la verdad perdurable del Che no puede componerse sólo de verdades. De ahí que tratándose del Che todos mientan. Mienten y dicen la verdad los militares bolivianos cuando aseguran que en el Churo Guevara gritó: "¡No disparen, soy el Che! ¡Valgo más vivo que muerto!"

Me mintió y me dijo la verdad Gary Prado, el capitán -hoy general en retiro- que derrotó al Che, al contarme que bajo las balas le soltó las amarras de las manos y le tendió al prisionero su propia cantimplora. En Miami me mintió y me dijo la verdad el agente de la CIA Félix Rodríguez al relatarme su extensa conversación con el Che y el abrazo de despedida que se dieron cuando el verdugo Terán entró a matarlo. Los militares mienten y dicen la verdad cuando describen el tenso diálogo entre el coronel Zenteno Anaya y el vencido, así como el instante en que el mayor Sélích le mesó la barba al Che y el cautivo apartó la mano del oficial con una mirada de fuego. Mienten y dicen la verdad los cubanos cuando aseguran que el Che le dio una bofetada a Zenteno Anaya. Mienten y dicen la verdad los bolivianos cuando afirman que al rendirse con el fusil destrozado el Che conservaba una pistola con todas sus balas. Miente y dice la verdad Fidel Castro cuando sostiene que la pistola del Che no tenía magazín. Miento y digo la verdad cada vez que recuerdo mi paso por esos lugares y mis conversaciones con los higueros y vallegrandinos, con Barrientos, Prado, Zenteno Anaya y con los soldaditos que llevaron al Che andando del Churo a La Higuera y que me contaron lo que por el camino el Che les iba diciendo.

El Che mítico está donde tiene que estar: ubicuo, viajando por todas partes y en ninguna a la vez. Sus huesos, sí, pueden hallarse hoy en Cuba, en el mausoleo de mármol de Santa Clara, como reliquia de un nuevo catecismo, pero no podría extrañarnos que a la vuelta del tiempo peregrinasen de regreso a su Rosario natal, a orillas del Paraná, la ciudad en que el Che calzó sus botas de siete leguas para iniciar su viaje sin llegada. Pero el Che se halla igualmente allí donde no está: en la fosa vacía de Vallegrande, en cualquier rincón de América Latina, en África, Asia, en Estados Unidos, en Europa. En el *T-shirt* de esos jóvenes que podrían ser sus nietos y cuya única visión del Che es la que emana de sus fotos luminosas. Y aunque el mito del Che se convierta a veces en negocio, sus raíces residen en el instinto de la gente, en la percepción de que al perder su última batalla y dejar la vida en el empeño, el Che luchaba por nuestros sueños imposibles. Por eso su fantasma difuso, mutante y vagabundo se vuelve estandarte de las causas nuevas, así como los dioses griegos adoptaban un espíritu y un rostro distinto en cada isla según las circunstancias, el tiempo y el lugar.

Yo, que alcancé a ver las uñas sucias del Che muerto antes de que le cortaran las manos, intuyo que el único Che capaz de perdurar en el siglo XXI, el que nos seguirá ayudando en nuestros momentos de flaqueza, impotencia y pánico ante los cambios inhumanos del mundo, es el Che argentino, cubano, boliviano, uruguayo, chileno, español, alemán, congoleño, japonés: el Che viajero eterno, el Che Superestrella que todos nosotros hemos creado y que necesitamos, y que los que vengan seguirán necesitando y creando.

Cuando el cadáver soberbio del Che voló hace 30 años de La Higuera a Vallegrande amarrado al esquí derecho del helicóptero que piloteaba el mayor Niño de Guzmán, la sangre del guerrillero iba goteando sobre la selva. Esa lluvia que humedeció la copa de los árboles fue la semilla de nuestro Che universal, el Che Guevara que sigue vagando con su boina y su estrella en la frente. •